

Prefacio

El propósito general de este libro es explorar aquellas condiciones que permitieron la formación y bases de la modernidad en Hispanoamérica. Cuatro son los temas específicos de interés: 1- La construcción del discurso sobre América y lo americano; 2- Las expresiones de la modernidad en el momento independentista, es decir, aquel de la ruptura con el orden colonial que crea condiciones para preparar la “autonomía cultural de América”; 3- El examen de la metáfora “civilización y barbarie” a la luz de la siempre inacabada búsqueda americana de su propia modernidad; 4- La presentación de la discusión sobre la cuestión de la escritura de la historia y de la literatura americanas, expresión de un debate que anuncia un espíritu moderno al que subyacen ciertas relaciones, de la mayor importancia, entre los conceptos de modernidad y nación. En torno a estos cuatro grandes temas ha sido organizado el material de este ensayo. Los trataré en ese orden, tomando como escenario histórico el primer medio siglo de vida independiente y republicana. Pero antes de proseguir conviene reflexionar acerca de la importancia actual que tienen estos temas y sobre las escogencias conceptuales que se han hecho para su presentación.

La modernidad como problema

No comenzaré del modo más fácil ni más expedito posible. No daré una definición de este tan trillado concepto con propósito instrumental o didáctico. Procederé más bien al tanteo. A través de rodeos sucesivos basados en la bibliografía que ilustra el tema me iré aproximando al contenido de la modernidad, para lograr extraer algunos rasgos generales. Es bien conocido el carácter elusivo y, a su vez, omniabarcante, del concepto de modernidad. Su utilización elude, por veces, su verdadero contenido para pasar enseguida a abarcar cualquier rasgo de sociedades que se consideren modernas. El concepto y la palabra que lo nombra nos vienen de Europa. Su contenido, por lo general se refiere a la ruptura de los sistemas clásicos de representación, y la instauración de otros con mayor espesor cultural y social¹. Sin embargo, el de la modernidad no es simplemente un concepto temporal sino una formación de distintos discursos extendidos hacia distintos objetos que se entrelazan, se cortan, se oponen y superponen, desplazándose rápidamente pero que en realidad coinciden en ciertos momentos privilegiados. Por un lado está la mera actualidad, la condición y el hecho de ser moderno, que se desplaza constantemente siguiendo el ritmo de lo temporal. Por otro lado, se encuentra el aspecto cualitativo del concepto que también cambia en la medida en que se adquieren nuevos contenidos --en los dominios más variados-- y en relación con la evolución de distintas sociedades. Esta modernidad en el sentido cualitativo del término es la que interesa a los fines del presente trabajo.

En el caso hispanoamericano el estudio de la modernidad ha sido bastante restrictivo, al menos, en dos sentidos: 1- El de confinar la modernidad de sus sociedades a lo económico y político, soslayando aquellos dramáticos procesos de cambio social, mental y cultural ocurridos en los distintos países del continente a lo largo del siglo XIX; 2- El ver la modernidad americana como un eco diferido y deficiente de los países europeos². Con estos rasgos, insertar cualquier análisis de la modernidad

¹ M. Foucault, *The Archaeology of Knowledge*, Tavistock, Londres, 1972, especialmente, capítulo 8.

² Para un ensayo donde se relaciona la modernidad y lo popular en hispanoamérica, ver V. Schelling, “Latin America and the Other Models of Modernity”, en Ton Salman (ed), *The Legacy of the*

hispanoamericana en el actual debate planetario sobre el tema ayuda a profundizar un cierto malestar, más que a aclarar sus dificultades. Malestar que ha sido considerado por el mexicano García Canclini como un “estado de sospecha”³. Mi intención no es sospechar, sino detenerme a explorar aquellas cualidades específicas de la modernidad ocurrida en esta otra región (periférica) del mundo. Pero en especial, el interés se centra en examinar las condiciones de su emergencia y desarrollo, lo que equivale a examinar los elementos de su formación y bases. Interesa, pues, en este prefacio extraer de la abundante literatura sobre el tema algunos usos y significados fundamentales del concepto. Lo cual haremos a partir de las siguientes preguntas: ¿Qué rasgos emergen como centrales en la caracterización de las sociedades modernas? ¿Cuál es el lugar de la modernidad en el desarrollo de las sociedades hispanoamericanas? ¿Qué significa ser modernos?

Digamos algo para comenzar con algunas generalidades. Digamos que participar en el proyecto de la modernidad es hacer posible lo que antes no era moderno, acrecentando de este modo la libertad del hombre (y de la comunidad de los hombres) y su capacidad real de intervenir conscientemente (para bien o para mal) en su mundo. En este sentido cualitativo se resume el rostro luminoso de la modernidad, su fuerza motriz, sus condiciones de posibilidad, su formación y bases. En el manifiesto clásico del ideal moderno de libertad de pensamiento y expresión, Kant hecha las bases sobre las cuales el progreso político e intelectual puede ser efectuado⁴. El marco no podría ser otro que el de la filosofía de la Ilustración que significaba liberación del hombre de la tutela que él mismo se había impuesto. Tutela que, de por sí, implicaba “inhabilidad del hombre para hacer uso de su entendimiento sin la dirección de otros”. El *motto* sería, en consecuencia, atreverse a ser moderno, a ser juicioso: “tener el coraje de usar su propia razón” (462). Este texto canónico de la modernidad ofrece las condiciones para construir un doble discurso: la crítica consecuente del pasado y la búsqueda experimental, a tientas, de nuevas posibilidades que puedan enriquecer o cancelar el acervo acumulado por la tradición. Uno de los filos del discurso es el de la autonomía --individual y social. En tanto germen, ésta emerge cuando explícitas e ilimitadas interrogaciones surgen en la escena como portadoras de significaciones sociales y de sus posibles fundamentos. La autonomía --política y cultural, en el caso hispanoamericano-- genera las condiciones para el momento de la creación de un nuevo tipo de sociedad y de individuo.

Nuestro argumento se desarrollará en dos niveles: 1- El del contexto: donde se resaltará la dificultad que implica hablar de modernidad en relación a (Hispano)América, desde el punto de vista de su autonomía política y cultural, por la estrecha simbiosis que existe con Europa. La cultura de ésta servía de horizonte a aquélla, dándole sombra, fungiéndole de cielo como para permitir la emergencia de condiciones que permitiesen el momento de la creación autónoma así se fuese independientes políticamente; o, puesto en el sentido de Kant, para permitir liberar a la comunidad del hombre americano de la tutela impuesta por Europa. Desde los primeros días coloniales todo comenzó a prepararse para que América fuese una

Disinherited. Popular Culture in Latin America: Modernity, Globalization, Hybridity and Authenticity, CEDLA, Amsterdam, 1996, pp. 249-262. También Peter J. Taylor, *Modernities. A Geohistorical Interpretation*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1999.

³ N. García Canclini, “La modernidad después de la modernidad”, en A.M de Moraes Belluzzo, (ed), *Modernidade: Vanguardas Artísticas na América Latina*, Editora Unesp, Sao Paulo, 1990, p. 204. Del mismo autor ver también su *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México, 1989, especialmente pp. 19-25.

⁴ “What is Enlightenment?” (30 de septiembre, 1784), en Lewis White Beck (ed.), *Kant Selections*, Macmillan, Londres, 1988, pp. 462-467.

continuación de Europa. No se trataba de crear nueva cultura allende el gran océano, sino de desplazar la europea. El resultado han sido aquellos tres largos siglos de una vivencia que se llama historia colonial; o de aquellos otros casi dos siglos de relaciones históricas post-coloniales. 2- El del texto: donde se mostrarán dos cosas. 2.1- La lógica inherente a los discursos de la autonomía política y cultural, la emancipación y originalidad americanas. No se trataba de adoptar concepción mimética, tampoco creación original, sino de aprovechar con ventaja las creaciones “de los pueblos modernos más civilizados”, ilustrados por la ciencia, las letras y por una larga experiencia histórica. 2.2- La (im)posibilidad, a pesar de la significación de estos discursos, para formar cultura y sujetos americanos en conformidad con la ley de la razón. Sin llegar a ser autónomos en el uso del entendimiento, sin la dirección del “otro”, mal podría pensarse en el éxito del *motto* iluminista del uso de la propia razón. Acaso en América modernidad significó, más bien, durante casi todo el siglo XIX vivir con la menor carga de pasado colonial.

El significado de ser modernos

El proyecto europeo de la modernidad alimentó, sin duda, los movimientos emancipadores americanos, pero sus principios, a su vez, se modificaban en América de acuerdo con los contextos específicos, las apetencias humanas y carencias institucionales de entonces. Si se piensa la independencia política como condición de modernidad, el intento diferenciador con Europa se hace, en consecuencia, confuso y paradójico en la medida en que generó falsas actitudes psíquicas. Tanto el discurso de los libertadores (Viscardo, Miranda, Bolívar, San Martín, O’Higgins, Morelos) como las aspiraciones de las élites ascendentes son modernas. La fascinación de estas últimas con todas las expresiones de la modernidad europea --e.g., la ciencia, la industria, la organización republicana del poder político, la libertad, etc.-- es en sí misma elocuente de un proceso de mimesis extraviado con máscara diferenciadora. La condición de la América independiente consiste en ser receptora e imitadora de todas las corrientes y expresiones de la modernidad europea. ¿Dónde radica, pues, el problema? ¿Acaso se trataba de diferenciarse de las formas políticas europeas, pero continuar imitando sus sistemas de producción y representación? ¿O, acaso, se buscaba la diferencia donde no existía sino identidad?⁵ El “afán europeizante” de que hablara Pedro Henríquez Ureña (afán de imitar y asimilar lo europeo) permeó la modernidad en América y al mismo tiempo la hizo más compleja. Si no, cómo entender la absorción en la etapa post-independencia de los mitos de la modernidad política --tal como fueron definidos por la Ilustración: la soberanía popular, la igualdad, las visiones del progreso y la libertad. Y sobre todo, cómo entender la asimilación de estos mitos a las nuevas estructuras republicanas, con sus muy *sui generis* resultados: la anarquía política, el caudillismo, la política del “gendarme necesario”.

Lo que en Europa tiene su orden propio, diferenciado y, quizás, excluyente, en América se confunde con otros órdenes y expresiones que hacen perder el rostro original; lo que en aquella pudo ser equilibrio, autonomía, originalidad, formas culturales precisas, en ésta son des-orden, contradicción, asimilación, fusión de elementos implantados. Al ser inventadas y sometidas por Europa, las sociedades

⁵ O, acaso, las identidades se construirían sobre las bases de la diferencia. Sobre el problema de la construcción de las identidades en América a través del discurso de las diferencias, ver mi “Latin American Discourses of Identity and the Politics of Difference”, *Working Papers*, 13, Centro de Estudios Teóricos, Universidad de Essex, 1996.

americanas importarán nuevo equilibrio, nueva proporción, nuevo estilo, pero también producirán sistemas de repetición e imitación. El resultado de la fatigosa carrera para ponerse al nivel de Europa no ha sido otro que aquella “consigna de improvisación” a que certeramente se refirió Alfonso Reyes. Si América es nueva por antonomasia, entonces Roberto González Echeverría plantea la pregunta: “¿cómo puede fundarse una modernidad sin historia, sin la densidad de pasado y evolución requerida por la ruptura? El carácter más sobresaliente de la modernidad en Hispanoamérica es la conciencia que ésta tiene de su falsedad”⁶. No obstante, para uno de los grandes constructores de la modernidad americana, Andrés Bello, la cuestión no era tanto considerar la ausencia de una densidad de pasado, sino cómo aprovechar América ese mismo pasado exhibido por la civilización occidental. Los términos de la cuestión, tal como fueron expresados por el maestro en 1829, eran elocuentes: “Nosotros tenemos la fortuna de hallar tan adelantada la obra de la perfección intelectual, que todo está hecho para nuestros goces y para nuestros progresos”⁷. El mismo pensamiento es reiterado años más tarde, en 1841, al comentar el Proyecto de Código Civil para Chile, en otros términos: “Todos los pueblos que han figurado antes que nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros”⁸. En tales convicciones se asentaba su pensamiento --compartido, con mayores o menores matices, por la mayoría de nuestros publicistas decimonónicos-- sobre el rumbo que habría de dársele a América una vez alcanzada su emancipación política, las cuales inscribiremos en el discurso de la autonomía política y cultural. El *motto* de la modernidad en América sería, en consecuencia: modernidad entendida no tanto como producto de un pasado, sino como asimilación de las enseñanzas de la civilización que detentaba ese pasado. Prestar, asimilar, apropiarse de luces ajenas permitiría constituir --según Bello-- “¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres [...]!” (1843, p. 17, *infra*). Octavio Paz plantea, por su parte, lo moderno como portador de una doble carga explosiva: “ser negación del pasado y ser afirmación de algo distinto”⁹. Según el intelectual mexicano, las “fuentes” de la modernidad americana se ubican, desde el punto de vista de la poesía, en Inglaterra y Alemania; y políticamente en Francia y los Estados Unidos. A falta de una modernidad que no se tuvo en España sino hasta muy entrado el siglo XIX, añade:

Nuestra Revolución de Independencia fue la revolución que no tuvieron los españoles --la revolución que intentaron realizar varias veces en el siglo XIX y que fracasó una y otra vez. La nuestra fue un movimiento inspirado en los dos grandes arquetipos políticos de la modernidad: la Revolución francesa y la Revolución de los Estados Unidos. Incluso puede decirse que en esa época hubo tres grandes revoluciones con ideologías análogas: la de los franceses, la de los norteamericanos y la de los hispanoamericanos... (122)

Pero, si bien estos tres procesos revolucionarios tuvieron un sustrato común, sus resultados fueron muy distintos. Las revoluciones de Francia y EEUU, afirma Paz,

⁶ “Modernidad, modernismo y nueva narrativa: *El recurso del método*”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. XXX, No 2, 1980, p. 157.

⁷ “Poesías de D.J. Fernández Madrid”, *El Mercurio Chileno*, No 16, 15 de julio 1829, en A. Bello, *Obra literaria*, selecc. y pról., Pedro Grases; cronolog., Oscar Sambrano Urdaneta, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1985, pp. 307-8.

⁸ Véase el Prólogo de P. Grases en *ibid.*, p. XLI.

⁹ *Los hijos del limo*, Seix Barral, Barcelona, 1974, p. 18.

“fueron fecundas y crearon nuevas sociedades, mientras que la nuestra inauguró la desolación que ha sido nuestra historia desde el siglo XIX hasta nuestros días. Los principios eran semejantes[...]y al otro día de consumada la Independencia se establecieron en nuestras tierras gobiernos republicanos. Sin embargo, el movimiento fracasó: no cambió nuestras sociedades ni nos liberó de nuestros libertadores” (123).

De acuerdo, pero: ¿de qué tipo de cambios se trataba? Aquí hemos de volver al problema del significado de la modernidad que como el mismo Paz señala: “es un concepto exclusivamente occidental y que no aparece en ninguna otra civilización.” (ibid.)

La sociedad moderna es el resultado de un triple proceso histórico:

1- El primero de estos procesos es el surgimiento del capitalismo. Es decir, el surgimiento de un sistema económico en donde el excedente ya no es derrochado periódicamente en gastos suntuarios, sino reinvertido con miras a la expansión y al crecimiento ilimitados del propio sistema. La burguesía se diferencia de la antigua aristocracia guerrera y sacerdotal precisamente por el rechazo de los gastos suntuarios y, lo que es más importante, por la defensa de una racionalidad económica regida exclusivamente por la lógica del cálculo, de la utilidad y de la ganancia. Con ello se opone a toda forma de ociosidad y de derroche --propias no sólo de la aristocracia terrateniente sino también de la plebe desposeída--, y exalta las virtudes del trabajo y del ahorro. Se opone igualmente a toda división social basada en el estatus, en el nacimiento, en la sangre, pero cree naturales e inevitables las diferencias que resultan de la libre competencia económica entre los individuos.

2- El segundo proceso de la modernidad tiene lugar con las grandes revoluciones políticas. La puesta en cuestión de la división estamental exige la destrucción del Estado teocrático, la decapitación del Rey divino, la abolición de la soberanía tradicional, y su sustitución por un Estado democrático, fundado sobre el principio de la igualdad jurídica de todos los ciudadanos, más aún, fundado sobre el principio de la igualdad moral de todos los seres humanos. La soberanía ya no es el privilegio de un solo hombre o de un reducido grupo de hombres. Todos los seres humanos son igualmente soberanos. La burguesía no sólo impone la racionalidad económica de la empresa capitalista, sino también esta otra racionalidad política del Estado democrático. Ambas racionalidades remiten, en realidad, a una misma matriz lógica, a un mismo modelo de relación social: el del contrato jurídico libremente establecido entre dos o más individuos autónomos, perfectamente identificados y numerados (sea el contrato económico entre empresario y trabajador que funda la empresa capitalista, sea el contrato político entre los ciudadanos que funda el Estado nacional).

3- El tercer proceso histórico signo de modernidad es el que concierne a la religión. Desde la Reforma protestante en el siglo XVI, se inicia un proceso de secularización que, siguiendo a M. Weber y a R.H. Tawney, puede ser interpretado como una separación radical entre el orden profano de la racionalidad económica y política y el orden sagrado de la religión. La negación que Lutero y Calvino llevaron a cabo sobre el valor religioso de las “obras” hasta entonces consideradas sagradas no sólo provocó aquel “desencantamiento” del mundo de que hablara Max Weber a comienzos de nuestro siglo, la desacralización de los objetos, de las personas y de las acciones externas, sino que abrió el camino a la santificación del trabajo, de la profesión, de la acción profana. Se disuelven de esta manera las mediaciones que el cristianismo medieval había establecido entre la religión y la economía, pero también entre la religión y la política, e incluso entre la religión y la ciencia.

Así las cosas, la modernidad está caracterizada, a nivel de lo político y lo cultural, por el hecho de que la soberanía y la legitimidad residen en el secular estado-nación el cual también deviene una suerte de “comunidad imaginada”¹⁰ en la que nuevas identidades y diferencias son formadas. De manera que este triple proceso partero de la modernidad (el capitalismo, la democracia y la secularización) es el destino histórico de las sociedades modernas, periféricas o no, y que ha de ser llevado hasta el final, hasta aquel otro momento histórico ya más cerca de nosotros llamado post-modernidad.

Los lenguajes de la modernidad

Ahora, bien, llegados a este punto, cuando hemos explicado el triple proceso histórico que hace posible la modernidad, conviene preguntarnos desde un punto de vista discursivo: ¿Cuáles son los discursos, o los lenguajes, que permitieron expresar este proceso, aquellos que sirvieron de vehículo a la modernidad? Respondamos escuetamente que estos lenguajes son al menos cuatro¹¹: 1- El lenguaje del iusnaturalismo o del arsitotelismo político; 2- El lenguaje del republicanismo cívico; 3- El lenguaje de la economía política; 4- Y el lenguaje de la ciencia política.

Huelga desarrollar el significado de cada uno de ellos y huelga también mostrar cómo inciden sobre la alteración de los principales conceptos políticos que afectan la disolución del Imperio Español en América, determinando el sentido de la modernidad en las repúblicas emergentes. Pero, no sólo ésto, los cuatro lenguajes mencionados afectaron la naturaleza de la teología, de la filosofía y de la moral. Afectando también las relaciones entra estas tres, pero sobre todo desarticularon, desde distintas perspectivas, el gran edificio intelectual legado por la Ilustración o, dicho con mayor rigor, contribuyeron a desarticular aquellas Luces legadas por las Ilustraciones, porque no hubo una sola Ilustración en Europa, sus expresiones fueron múltiples. Se puede hablar de una Ilustración italiana, de otra española, de la escocesa, de la francesa, de la holandesa, de la norteamericana y ¿por qué no?, de la Ilustración hispanoamericana. Poca duda cabe, por ejemplo, que para fines del siglo XVIII y comienzos del XIX la efervescencia de la secularización, del republicanismo y del comercio enfrentó la filosofía y la moral modernas a la teología colonial. Los partidarios de la libertad y los opositores a ella sabían que lo que estaba en juego era, entre otras cosas, el combate por la fundación de una nueva teología y de una nueva religión cívica, ambas relacionadas con la naturaleza del poder político y la libertad de pensamiento. Y esto no era otra cosa que el combate por la modernidad.¹²

Modernidad e Independencias

Hemos ido desnudando, descarnando, el concepto de modernidad, moviéndonos desde lo más general trataré de acercarme ahora a lo particular. Permítaseme incorporar a mi argumentación el tema de las Independencias. Una de las expresiones básicas de nuestra modernidad fueron las rupturas con el nexo colonial, la interrupción de la continuidad colonial. En su justificación y fundamentos los cuatro lenguajes

¹⁰ Uso el término en el sentido dado por Benedict Anderson en su *Imagined Communities. Reflections on the Origin and the Spread of Nationalism*, Verso, Londres 1991 (1983).

¹¹ A. Pagden (Ed.), *The Languages of Political Theory in Early Modern Europe*, C.U.P., 1987, p. 3.

¹² Al respecto ver la monumental obra editada por A. Annino, L. Castro Leiva y F.-X. Guerra, *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*, Ibercaja, Zaragoza, 1994; y en especial el artículo de L. Castro Leiva, “Memorial de la Modernidad: Lenguaje de la razón e invención del individuo”, pp. 129-165.

mencionados anteriormente (el iusnaturalismo, el republicanismo cívico, la ciencia política y la economía política) se unieron, se opusieron, se superpusieron, se entrecortaron, se complementaron y se sintetizaron. Pero, hay más, hay mucho más, las Independencias no sólo fueron expresión sino, lo que es más importante, fueron condición de posibilidad para la modernidad hispanoamericana.

De manera que si en Europa la modernidad fue el proyecto de la razón, de la autonomía, de la libertad, del progreso político, del nacimiento de una nueva sociedad, en América las cosas no parecieron ocurrir de la misma manera. En lugar de ser la modernidad “sinónimo de crítica” e identificada con el cambio --tal como argumenta Paz-- se caracterizó más bien por su fragilidad y ambigüedad. Los resultados se harán visibles a lo largo del siglo XIX: “cambios y espíritu de cambio que conllevan a veces sorprendentes arcaísmos”.¹³

Más allá del discurso independentista --heroico e ideológicamente interesado por excelencia-- el horizonte de posibilidades y expectativas reales introducido por la modernidad americana ha sido más bien frustrante. Modernidad no ha sido sinónimo de constante renovación y creación, del pensar por sí de Bello, más bien podría hablarse de improvisación, imitación, promesas y descontentos. Toda esta carencia sustituyó el optimismo originario por la angustia existencial. Esta la encontramos expresada con gran fuerza, por ejemplo, en algunos versos de Darío. En *Lo fatal* el gran poeta escribe entre confuso y vacilante:

*Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
[...] y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
!y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos [...]!*¹⁴

En el sentido de la problemática que he esbozado, la modernidad es un proceso y un fenómeno cualitativo al que subyacen palabras, acciones, sentimientos, valoraciones, representaciones; es decir, la modernidad es un discurso o, mejor aún, es una síntesis de discursos. La modernidad de cada sociedad americana es un paso adelante en la formación de sus formas históricas. Su proyecto se ha propuesto, desde sus días iniciales, sin lograrlo, acrecentar la libertad humana a través del conocimiento y de la intervención consciente en el mundo. Los rápidos y violentos cambios en todos los órdenes de la vida americana, desde la(s) Independencia(s)¹⁵, han venido acompañados, en consecuencia, por una sensación de desarraigo y de alienación constituidos como rasgos definitorios de su modernidad. Los traumas producidos son, como la cara oculta de la luna, el reverso de la modernidad. Su constante actitud anímica ha sido “la angustia existencial ante el mundo desquiciado”¹⁶. La palabra que conduce a ella es casi informulable por la codificación excesiva de una escritura

¹³ González Echeverría, *ibid.*, p. 158.

¹⁴ R. Darío, *Poesías completas*, edic., introducc. y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmas, Aguilar, Madrid, 1951, p. 688.

¹⁵ Acordamos con la tesis de Octavio Paz quien no ve la revolución de independencia americana como un fenómeno unitario: “En realidad debería emplear el plural, pues fueron varias [las independencias] y no todas tuvieron el mismo sentido...”, *op. cit.*, p. 122.

¹⁶ Emil Volek, *Cuatro claves para la modernidad: Análisis semiótico de textos hispánicos Alexandre, Borges, Carpentier, Cabrera Infante*, Gredos, Madrid, 1984, p. 11.

invadida, borrada en el momento mismo de su trazo, signo ciego de una repetición. Vallejo afina su quena para confesar: “Quiero escribir, pero me sale espuma”. Los grandes hechos americanos se crean --ya lo mostraremos en las páginas que siguen-- por el espejo de la imagen y semejanza de Europa sin lograr construir el retablo donde posará el acto naciente. Primero el acto, después el acta. Claro. Pero luego, viciosas brumas envuelven los sortilegios del acta. Un círculo vicioso se cierne sobre los caminos de la modernidad de América. Desde que Colón afinca su quilla en tierra firme e incógnita, tanto América se hispaniza como se americaniza el europeo. El grito de Colón anunciando *Tierra Firme* fue escuchado muy atentamente en la Europa de entonces. La aparición del *Mundus Novus* inquietó a los europeos, pues se les ofrecía una realidad hasta entonces desconocida de los antiguos y sólo sospechada y soñada por poetas y filósofos. Se formó, entonces, una herencia común de la idea europea de América. Y sobre sus trazos habría de aparecer el rostro de la modernidad allende el Océano. No en vano el término *Nuevo Mundo* refería principalmente una situación de relaciones coloniales, ésto era lo verdaderamente nuevo, en lugar de nombrar un “nuevo” continente.

En *La expresión americana* José Lezama Lima habla de “la tradición de las ausencias posibles”¹⁷ como la gran tradición americana, donde se sitúan los hechos históricos. Esta observación general podría servir de argamasa para darle forma a las imágenes de nuestra modernidad, cuyas fuentes han sido, precisamente, las ausencias, entre la quilla de un orden colonizador y el querer afirmar el acto de la escritura con espuma: “[...] el americano no recibe una tradición verbal, sino la pone en activo, con desconfianza, con encantamiento, con atractiva puericia. Martí, Darío y Vallejo lanzan su acto naciente verbal, rodeado de ineficacia y de palabras muertas” (75-76). Así las cosas, quizás en la quena de Vallejo, nostálgica e imposibilitada, y en la quilla de Colón, llena de presagios y adivinaciones, se oculten los extremos y, por qué no también, las claves de nuestra modernidad.¹⁸

¹⁷ Arca Editorial, Montevideo, 1969 (1957), p. 73.

¹⁸ La metáfora de la quena y la quilla ha sido afortunadamente utilizada por Octavio Armand en su provocador artículo “América como *mundus minimus*”, *Hispania*, vol. 75, No 4, octubre, 1992, p. 835.